

EL EPITAFIO DE PEROT DE PENYARROJA

POR

LUIS REVEST CORZO

Separata de Anales del Centro de Cultura Valenciana



VALENCIA, 1952

Sucesor de Vives Mora - Artes Gráficas

Hernán Cortés, 10

R. 1684.

F-40

57

1807

A... 19.II.1953

EL EPITAFIO DE PEROT DE PENYARROJA

POR

LUIS REVEST CORZO

Separata de *Anales del Centro de Cultura Valenciana*



VALENCIA, 1952

Sucesor de Vives Mora - Artes Gráficas

Hernán Cortés, 10

1875

EL EPITAFIO DE PEROT
DE PENYARROJA

LUIS RIVEST CORZO

Impreso en el taller de la imprenta de don Juan Vicens y Compañía



BARCELONA 1875
Impreso en el taller de la imprenta de don Juan Vicens y Compañía

TEXTO DEL EPITAFIO

Escolano y Llorente, si bien de manera incompleta y no del todo exacta, dan noticia de un sepulcro que hasta 1936 podía verse en la parroquia valenciana de San Martín; pero no hacen referencia alguna al epitafio inciso en la cara anterior del mismo sepulcro.

Por una verdadera casualidad (1) queda copia de aquel texto epigráfico que, en letras aún góticas, decía así: «Uju en lo cel e mort iau en lo marbre ffel caualler perot de penarroia quj deu serujnt e lalt rey don fferrando morjnt naixque en lo siti de malega a v del mes de juliol any prosper M CCCC LXXX VII en ñombre.»

No es menester oído muy delicado para caer en seguida en la cuenta de que lo grabado como prosa era una *sparsa* en seis endecasílabos libres. Helos transcritos en la forma ordinaria y con la actual ortografía:

Viu en lo cel e mort jau en lo marbre
fel cavaller Perot de Penarroja
qui, Deu servint e l'alt rey don Ferrando,
morint naixqué en lo siti de Malega
a cinc del mes de juliol any pròsper
mil quatrecents huitanta set en nombre.

(1) Fué que, visitando en 1927 la iglesia de San Martín, mi cuñado José M.^a Mira de Orduña que me acompañaba tuvo el venturoso empeño de que leyéramos la inscripción. Lo conseguimos con no pocos apuros, por lo oscuro de la capilla y de la piedra, y al darme cuenta de lo que tenía delante creí que valía la pena de copiarlo.

PEROT DE PENYARROJA

«La familia de Peñarroja —dice Llorente— tenía el patronato de la capilla del Ecce-Homo, y en ella está el lucillo sepulcral de don Pedro, que sirvió a los Reyes Católicos en la conquista de Granada y fué luego a Tierra Santa, de donde trajo muchas reliquias para esta iglesia. En el lucillo está esculpida y estofada la figura yacente de aquel noble caballero» (2).

La contradicción palmaria de estas palabras con el texto del epitafio inclinaba a creer que Llorente no lo había leído, pues cuando habla por cuenta propia es muy exacto y a él se debe la corrección de no pocos errores, aparte de que nadie como él hubiera advertido al punto que no era prosa lo que leía: era indudable que se había fiado de otro historiador sin aquilatar sus afirmaciones por tratarse, al parecer, de una minucia y porque además no había motivo en este caso para sospechar lo turbio de la fuente en que bebía.

Y, en efecto, es el doctor Gaspar Escolano quien trae lo que Llorente reprodujo poco menos que a la letra. «También —escribe— sirvió mucho antes al Rey Católico en la conquista de Granada y sitio de Vélez Malaga Pedro de Peñarroja, que después pasó a visitar la Santa ciudad de Hierusalem; y como notable cauallero se le hizo vn tumulo de alabastro en alto en la capilla y entierro que los desta casa tienen en la parrochia de San Martin, donde están guardadas muchas Reliquias que el dicho cauallero traxo de Hierusalem» (3).

Pero tampoco es probable que en esta ocasión se dejase llevar Escolano de la fantasía: más parece que fuera la precipitación quien le engañó. Lo ocurrido pudo ser poco más o menos lo siguiente, que no pasa, claro está, de conjetura, la cual, de no haberse perdido el archivo de San

(2) *Valencia*, tomo I, pág. 685, nota.

(3) *Décadas*, tomo II, L. 8, cap. últ., col. 971.

Martín, quizá confirmara o quizá echara por tierra algún documento. Pero antes de entrar en explicaciones no estará de más advertir que el sepulcro, con cubierta a doble vertiente, no era capaz por sus dimensiones de guardar entero un cuerpo mayor: es casi evidente que los restos fueron trasladados allí de otro enterramiento en que debieron de estar, algunos años hasta quedar en un puñado de huesos, para el que se fabricó de tamaño adecuado la urna sepulcral.

Que acudieron valencianos, como de otros reinos, a la guerra de Granada, trocándola de gesta puramente castellana en empresa común a casi toda la Península, es cosa demasiado sabida, como también lo es que los cronistas —Hernando del Pulgar, Zurita, Viciano, Escolano— no enumeran, al consignar el hecho, a todos los que allí estuvieron, ni hubiera sido posible: se contentan con mencionar casi exclusivamente o poco menos a los barones de la primera nobleza que conducían a los demás. Los Penyarroja no estaban en este caso, siquiera fueran personas de cuenta y aun caballeros de la Conquista, si hemos de estar a lo que dicen las apócrifas coplas de mosén Febrer: no sólo dieron nombre a su capilla de San Martín, sino a la plaza que luego se llamó de la Pelota, donde tenían su casa (4). No nos dicen las historias, pues, cuántos fueron los de este linaje que lucharon en tierras granadinas. Si por otro lado se observa la forma diminutiva *Perot* del nombre de pila que aparece en el epitafio, y no es probable que por concesión a la métrica, sino porque el caballero a quien se refiere entre todos era nombrado y conocido así, cabe pensar que en las campañas de Granada tomaron parte dos Penyarroja, ambos de nombre Pedro: uno, más joven, muer-

(4) Véase, entre otros, Vives, en su *Exercitatio linguae latinae* (tomo I, pág. 383, ed. Mayans); Orellana, *Valencia antigua y moderna*, t. II, pág. 396 y 397, y varios lugares del *Dietari* de Juan Porcar (*Coses evengudes en la ciutat y regne de Valencia...* transcripción y prólogo de Vicente Castañeda y Alcover... Madrid, 1934, dos vols.)

to en el asedio de Málaga y sepultado provisionalmente en aquellas tierras; otro mayor, pariente, quizá padre, del primero, que llegó al fin de la guerra, estuvo después en los Santos Lugares y tal vez fué quien a su regreso, seis años o más después de morir su pariente, trajo a Valencia los restos de Perot, les dió lugar de reposo definitivo en la capilla familiar y lo hizo, ya llevado de su cariño, ya de respetuosa admiración al héroe, ya de ambas cosas a la vez, no en el *vas* o sepultura común, sino en la urna que decoró con su retrato y con la inscripción que había de perpetuar su memoria. Pero no salió con su piadoso intento, pues, como es natural, entre el clero de San Martín y aun entre los propios Penyarroja quedó perenne el recuerdo del donador de las reliquias que fué, con el correr del tiempo, borrando el del otro caballero. De ellos debió de recoger Escolano la equivocada especie y, si llegó a leer la inscripción, es seguro que no pasara de sus primeras líneas y sin seguir adelante tuvo por buenos los informes que se le habían dado y, por lo tanto, que los restos que contenía la urna sepulcral eran los del caballero que peregrinó a Tierra Santa.

EL AUTOR DEL EPITAFIO

De entre los poetas valencianos de fines del cuatrocientos hay uno cuyo nombre acudirá de seguro a la memoria de quienquiera que lea con atención la copiada *sparsa* como el de su posible autor. Pero no estará de más razonar la atribución, que en todo caso, aunque linde con lo cierto, no puede salir de lo probable.

En primer lugar, el encargo de componer este epitafio no debió de hacerse a cualquiera, y además es raro que el que aceptó el encargo escribiera sus versos en romance y no en latín, como parecían pedir las circunstancias y la honra singular que quiso hacerse al caballero Penyarroja depositando sus restos en un sepulcro singular también. El redactor, que halló más fácil el verso que la prosa, mejor el vulgar que el latín, era un poeta famoso que pudo hacer

valer su inclinación y su gusto contra el gusto y la inclinación de los demás.

Para nuestras tierras, fronterizas sólo con cristianos desde el siglo XIII y a las que en todo caso importaba más la lucha contra los musulmanes de Berbería que amenazaban nuestras costas, debió de tener la empresa de Granada un tinte más aristocrático que popular. Esta circunstancia lleva a suponer que nuestro poeta debió de estar en relación estrecha con las clases elevadas, entre las que con más amplitud, más a menudo y con mayor complacencia y estima se comentarían las hazañas de los guerreros que se distinguieron en Granada. Esto podía darse, por ejemplo, en Jaume Gaçull, caballero, o en *el molt sabut i molt fantàstic* beneficiado mosén Bernat de Fenollar, pero más que en nadie en el maestro Juan Roiç de Corella, puesto que su homónimo y pariente, aunque no se haya puesto en claro todavía en qué grado, el conde de Concentaina fué uno de los barones valencianos que con su hueste contribuyeron a la culminación de la Reconquista; así que su interés por aquellas gestas había de ser mayor que el de otros y sus noticias de lo que allí ocurrió más completas y de primera mano. Y esta conjetura se refuerza si pensamos que ninguno de nuestros escritores coetáneos celebró, que se sepa, las glorias de aquellos guerreros más que Roiç de Corella, de quien se conserva un elogio fervoroso, aunque literariamente no muy afortunado, de mosén Francí de Aguilar, que mostró su esfuerzo en la toma de Loja y murió al poco tiempo, aunque no en el campo de batalla.

Con más fuerza lleva a la misma conclusión el análisis literario del epitafio. Ante todo llama en él la atención lo rotundo, ágil y sonoro de sus versos y más aún la circunstancia de que, además de los acentos obligados en este tipo de endecasílabo, llevan otro en la sílaba sexta todos, menos el penúltimo que, en cambio, compensa la falta de este acento con dos, no obligados tampoco, en las sílabas segunda y octava, que le dan un ritmo señaladamente yámbico. La acentuación en la sexta sílaba y el movimiento yámbico

fueron ya tenidos por Menéndez Pelayo como notas propias de los endecasílabos corellanos (5). No quiere decir que esto, ni tampoco lo que se dirá después, sea exclusivo de su métrica; pero en otros poetas aparecen mucho menos, de un modo casual, mientras en él son frecuentes, buscados de propósito o hallados sin buscarlos, por un peculiar instinto musical, ciertos efectos que vienen así a convertirse en particularidades suyas que hacen sus versos inconfundibles.

Gusta mucho Corella de que la última vocal acentuada del endecasílabo sea un diptongo y más aún de que vaya seguida de dos consonantes, con evidente propósito de aumentar la duración —ya que no se puede hablar exactamente de cantidad— de esa sílaba y dar con ello plenitud y solemnidad al final del verso. Los hay de otros poetas de la época que cumplen esa condición y aun una copla de Fenollar en que todos terminan de este modo, pero se trata de una *demanda* de Fenollar a Corella y de la respuesta de Corella a Fenollar con los mismos consonantes, como solía hacerse; y aunque la demanda sea de Fenollar no sabemos quién de los dos eligió los consonantes; pero en general no son estos finales numerosos. En cambio, en Corella son tan abundantes que no pueden pasar por alto. Tomando dos composiciones en verso endecasílabo libre de Corella de las más conocidas y de las más propias suyas se ve esto más claro aún (6). En la *Vida de la Sacratísima Verge Maria*, de los 183 versos de que consta, 118, es decir casi dos terceras partes, terminan de este modo, y otro tanto ocurre con la famosísima *Oració a la Sacratíssima Verge Maria tenint son fill Deu Jhesus en la faldá devallat de la Creu*: de sus 56 versos terminan así 43.

En cuanto a facilidad, fluidez y agilidad en el endecasílabo no tiene Corella rival entre los poetas de su tiempo,

(5) *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo X, pág. 169 y 170 (Ed. Nacional).

(6) *Obres de J. Roiç de Corella publicades ab una introducció per R. Miquel y Planas...* Barcelona, 1913, pág. 430.

ni aun entre los de otros: le era tan natural que invade arrebatadamente su prosa acentuando el amaneramiento que trueca no pocas veces la rebuscada elegancia en empalago. Como Ovidio, *il suo maestro e 'l suo autore*, pudo haber dicho de sí mismo también

Motus eran dictis totoque Helicone relicto
Scribere conabar verba soluta modis:
Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos
Et quod tentabam dicere versus erat.

Y aun hay otra nota ovidiana de que Corella participa, llevándola hasta un extremo al cual Ovidio, no en balde poeta del siglo de Augusto, nunca llegó: la indiferencia con que mira la amplificación verbosa con tal de dar al verso magnificencia y rotundidad y que le lleva a tomar, o poco menos, lo hueco como recurso artístico de buena ley. Es indudable que ningún otro escritor se hubiera atrevido a dar por cabo a los dos últimos versos del epitafio sendos rípios de magnitud astronómica, aunque también está fuera de duda que nadie hubiera acertado a disimularlos con tan brillante lujo musical.

Por último, los versos primero y cuarto, con sus antite-sis que rayan en paradoja, revelan un poeta que, aunque imbuído en el arte del Renacimiento por la primorosa estructura de su métrica, se complace aún en juegos de palabras gratos a la poesía medieval, sobre todo a la escrita en latín, de los que no es fácil usar sin caer en lo pueril, a no ser quien use de ellos un genio de inconmensurable altura: un Dante que supo alcanzar así efectos quizá sólo a él aseguibles, como en la primera *terzina* del canto XXXIII del *Paradiso*, en que tales modos de expresión, ajustados a una concisión lapidaria, no son artificiosos y vanos juegos de ingenio, sino forma adecuada y única de conceptos casi inefables.

Y ya con el poema inmortal entre las manos, surge a su vista el escrúpulo de haber ido demasiado lejos, arras-trados por halagadoras conjeturas

Perch'ell 'incontra che più volte piega.
l'opinion corrente in falsa parte
e poi l'afetto l'intelletto lega.

Pero de todos modos no parecerá demasiado ligero y atrevido añadir este epitafio, sólo como probable desde luego, al catálogo de las obras de Corella, siquiera no aumente con ello en un adarme su gloria literaria.

LF
18